

AMIGOS

El verano pasado fui con mi mujer y nuestros dos hijos pequeños a Italia. Pasamos nuestras vacaciones en un camping, cerca de Venecia. Allí conocimos a una joven pareja de Polonia, que tenían su tienda de campaña cerca de la nuestra. Pasamos muchas tardes juntos jugando a las cartas o, simplemente, conversando. Aunque hablábamos todos un inglés bastante mediocre, nos pudimos entender bien.

A finales de agosto se terminaron nuestras vacaciones y tuvimos que regresar a España. Ellos se quedaban unos días más en Italia. Nos despedimos. Intercambiamos direcciones y prometimos que nos escribiríamos. Ellos nos ofrecieron su piso en el centro de Varsovia y nosotros los invitamos a pasar unos días en nuestra casa.

Al volver a España, entramos en seguida en la rutina de todos los días, en la habitual cadena de compromisos y obligaciones, y nos olvidamos de nuestros amigos. Ellos supongo que también se olvidaron de nosotros porque tampoco nos escribieron. No nos enviamos ni siquiera una felicitación por Navidad.

El verano siguiente decidimos pasar las vacaciones en casa. Vivimos en un chalet bastante grande, en un pueblo de la costa, no muy lejos de Bilbao. Yo aprovecharía para acabar un trabajo que tenía pendiente en la oficina donde estaba empleado, en Bilbao. Con lo que ahorraríamos podríamos hacer un viaje a Cuba el próximo año.

Llegaron las vacaciones. Yo me levantaba bastante tarde. Mi mujer y mis niños se iban a la playa y yo a media mañana cogía el tren para ir a Bilbao. Trabajaba un par de horas y regresaba al pueblo a eso de las tres de la tarde y entonces comíamos todos juntos en casa.

Una mañana, con el correo llegó una carta con sellos de Polonia. No entendía de quién podía ser. Tenía un poco de prisa para coger el tren y me llevé la carta, con otras, en el bolsillo. La abrí y la leí en el tren. Era de la pareja polaca que habíamos conocido en Italia el verano pasado. Este verano pensaban pasar sus vacaciones en España y se invitaban, ellos mismo, a pasar unos días con nosotros, en nuestra casa, antes de continuar hacia el Sur. Pensaban que esto nos alegraría. Me daba una pereza enorme tenerlos como huéspedes. No me hacía ninguna gracia que vinieran a casa. Apenas me acordaba de ellos. Lo único que creía recordar bien es que él era bastante pesado, que le gustaba contar chistes

verdes y que hablaba mal de los italianos. Me imaginé que si venían a España se pasaría el día criticando nuestras costumbres. Y yo, encima, tendría que poner una buena cara. Además, recordé también que cuando nos reuníamos para jugar a las cartas siempre era yo el que tenía que invitar a cerveza. Él siempre ponía alguna excusa.

Antes de bajar del tren había decidido que no íbamos a recibirlos. En la oficina les escribí una carta muy larga, muy amable. Les decía que me alegraba mucho de tener noticias tuyas, pero que justo aquel mismo día salíamos de viaje y que pasaríamos todo el mes de agosto en México, en casa de unos parientes de mi mujer. Antes del volver al pueblo, eché la carta en el buzón y ya no volví a acordarme más de ellos.

Dos semanas más tarde volvía yo del trabajo, como de costumbre, poco antes de las tres de la tarde. Al acercarme a casa noté que había gente en el jardín. Cuando abrí la verja vi, sentados alrededor de la mesa, a mis hijos y a mi mujer, que conversaba animadamente con la pareja polaca. Junto a la puerta de la entrada a la casa había varias maletas y bolsos. Me quedé de piedra. A mi mujer yo no le había dicho nada sobre la carta que ellos nos habían enviado ni sobre mi respuesta. Se me había olvidado. Ellos, evidentemente, no la habían recibido antes de salir de su país. Mi carta les estaría esperando en su casa y la verían al regresar. Yo me acerqué a ellos como un autómatas y los saludé con una sonrisa falsa. Yo aún no había decidido si iba a disimular, a hacer como si nada hubiera pasado, o si iba a buscar rápidamente otra excusa, algún tipo de explicación. Pero no se me ocurría nada. Tenía el cerebro bloqueado. Solo pensaba intensamente en dos cosas: que una excusa improvisada aún podría ser peor y, cuanto más tiempo pasaba, menos sentido tenía dar una excusa. Mientras ellos conversaban alegres, bebían cerveza y comían unas tapas que mi mujer les había ofrecido, sentados allí en mi jardín, yo estaba de pie, paralizado, con una sonrisa forzada y la mirada fija en las maletas...

Joaquín Masoliver
Historias breves para leer